

Muerte en la Botella



Dr. Donald W. Hewitt, Psiquiatra

“¿Qué tal, doctor?” me preguntó el hombre alto y delgado de rostro bronceado por el sol del verano, que me quedó mirando a través de la mesa en mi sala de consulta. “Supongo que está tratando de adivinar el porqué de mi visita”.

“Pues”, le contesté contemplándole, “estoy seguro que no es simplemente para charlar y pasar el tiempo. Usted es de Texas y es un ganadero o petrolero. ¿Verdad?” Una pequeña sonrisa se formó en el rostro del hombre y por un momento la seriedad se escondió detrás de la máscara de una pequeña sonrisa.

“Doctor, usted sabe adivinar muy bien. Sí, soy finquero ganadero de Fort Worth y vine a hablarle acerca de un problema que hace tiempos me atormenta”. Empuñando su mano y con gesto de intensa amargura y odio, siguió hablando. “Estoy sufriendo de algo que me ha sido imposible olvidar. Aunque si viviera 100 años, me sería imposible olvidar. Pues, para principiar, le cuento que yo siempre he guardado algo de licor en casa. Antes de casarme hace 30 años, yo llevaba una vida borrascosa y tomaba bastante. Pero después de encontrar a la mujercita de mis sueños, cambié mi modo de vivir y comencé a meter mis ahorros en el banco en vez de sostener a los cantineros. Compré una hacienda que iba prosperando bien, y Dios bendijo a mi esposa y a mí con una hermosa familia de dos varones y una niña. Yo seguí tomando cada día – nada más que unos tragos antes y después de la comida – lo que se llama ‘copas sociales’ ¿verada?” La voz del hombre de repente tomó el tono áspero y desdeñoso. “¡Copas sociales!” él repitió con gesto de repugnancia. “Estas palabras son las más insidiosas, condenables y engañosas que satanás jamás ha inventado. Era la ‘copa social’ que llevó a mi hijo Rogelio a Chicago. Sí, él murió allí en un bar, en un cantón bajo, sin un solo amigo para consolarle. Precisamente, hasta allí la ‘copa social’ le condujo”.

El hombre terminó somatando la mano sobre me escritorio con una fuerza que pensé iba a destrozarse el vidrio.

“Después que Rogelio falleció, propuse esconder la botella de mis otros chamacos con tal que jamás la vieses. El hábito maldito que tenía agarrado y aunque no me enredé en problemas como otros adictos, seguí tomando mis tragos de vez en cuando a escondidas, siempre cuando estaba seguro que los hijos no me veían. Mi hija Dorothy creció, llegando a ser una señorita alta, y delgada, una belleza tejana, ídolo de mi corazón. En la escuela secundaria ella era la más popular de su clase y los muchachos pelearon entre sí por poder salir con ella. Llegó el tiempo para sus estudios universitarios y Dorothy se inscribió en la universidad donde su belleza, amabilidad y bondad fructificaron luego en la misma popularidad que ella disfrutaba en la escuela secundaria.

“Jamás olvidare el horror – el choque angustiador – que recibí la noche cuando Dorothy regresó de una fiesta en la universidad riéndose convulsivamente y tambaleando con el alcohol. Luego mis pensamientos se voltearon a mi pobre hijo Rogelio quien finalizó su vida como un vagabundo alcohólico en el bar, en el cantón más bajo de Chicago. Quedé horrorizando al pensar que mi hija amada ya estaba encaminándose por el mismo camino engañoso. Me maldije a mí mismo por mi propia flaqueza que no permita que dejara de una vez por todos los malditos tragos.

“El día siguiente tuve una plática de corazón a corazón con Dorothy. Por primera vez, le conté la verdad acerca de su hermano Rogelio y como el licor había arruinado y había cortado su carrera tan prometedora. Le señalé los peligros que le esperaban si ella continuara con sus copitas “inocentes” y le rogué que me prometiera jamás tocar otra maldita copa de licor. Dorothy me quería mucho y me aseguró que si fuera para complacerme a mí y a su mamá, jamás volvería a tomar una copa. Yo creo que guardó su palabra, a lo menos hasta la noche en que contó que iba a salir con el muchacho más guapo de la universidad – presidente del cuerpo estudiantil, excelente estudiante, atleta distinguido, y cosas por el estilo. Ella estaba tan emocionada con esta salida que no tuvo corazón de decirle algo que cortaría alas de su espíritu. Sin embargo, por alguna razón que jamás podré explicar, tenía el presentimiento que la tarde iba a finalizarse con una tragedia.

“Pocos minutos antes de que el muchacho pasara por Dorothy, recibí una llamada telefónica. El administrador de la finca me contó que el toro finísimo que había comprado hace dos semanas estaba enfermo. Me había costado \$10,000. Y naturalmente quería cuidar una inversión tan cara. Después de besar a mi hija, me metí en la camionetilla y volado me dirigí al corral que quedó como a cuatro millas distante. Nos costó como tres horas para curar el animal y cuando regresé a casa, ya hace tiempos Dorothy había salido. Encontré a mi esposa en la sala con el rostro manifestando profunda pena.

“¿Qué te pasa, Chula?’ le pregunté sentándome sobre el brazo del sillón y abrazándole.

“Oh, Benjamín, sollozó ella. ‘Supongo que tú me vas a llamar una tonta viejecita, pero cuando Dorothy salió de la puerta sobre el brazo de Rony Potter hace más o menos una hora, yo vi que él llevaba en su bolsa una botella de whiskey’.

“Pero, Chula, no te apenes acerca de Dorothy’, le contesté con una risa fingida pero con corazón hecho un pedazo de plomo. ‘Dorothy me prometió que jamás tomaría un trago y yo puedo confiar en su palabra’.

“Como no; eso sí, Benjamín’, contestó mi esposa, ‘pero desde el tiempo en que pobre Rogelio’ – sus ojos se llenaron de lágrimas y no pudo continuar.

“Pero fíjate bien, Bárbara, la consolé. ‘Dorothy es una señorita y ella tiene un carácter mucho más fuerte que su hermano Rogelio. Ella guardará su promesa. Así seca tus lágrimas y deja de molestarte. Pierde cuidado y deja de apenarte’.

“Yo hice el intento de olvidar la plática pero a pesar de todos mis esfuerzos mi mente se llenaba con los pensamientos acerca de mi pobre hijo alcohólico ya difunto y con un gran temor por mi hija. La hora se hizo tarde pero no me animaba a recostarme sabiendo que jamás podría dormir. Dispuse leer y alargué mi mano para tomar una novela de detectives. No sé cuánto tiempo pasó pero supongo que yo me había dormido. De repente volví a la realidad de las cosas por el timbrado del teléfono. Jamás olvidaré el mensaje que oí. ‘Buenas noches. Con el Señor Curtis por favor’. Era la voz de un hombre. Le contesté, ‘Yo soy’. Y mi mensajero siguió diciendo: ‘Le habla el juez de tránsito y le estoy llamando desde mi oficina aquí en Dallas. Me da mucha pena, Señor Curtis, pero tengo que darle algunas malas noticias’. Mi corazón se volvió un peso pesado de plomo en mi pecho y las demás palabras del juez eran una confusión incoherente. Solamente oí: ‘Su hija Dorothy . . . en la morgue . . . identificada por el nombre en su brazalete . . . accidente de tránsito’. El auricular cayó de mis manos nerviosas y retumbó en el piso. Quedé atarantado y atónito junto al teléfono durante lo que podrí haber sido minutos u horas. De repente las neblinas de mi confusión se aclararon y levanté la cara para ver el rostro angustiado y apesadumbrado de mi pobre esposa.

“Sucedió, ¿verdad, Benjamín?’ dijo ella antes de que yo hablara. Afirmé con un movimiento de la cabeza, tan vencido por mis emociones que ni podía formar una sola palabra.

“Tendrás que ser valiente, Bárbara’, yo comencé a decir. ‘Dorothy tuvo un accidente y. . .’

“Dime, Benjamín. Está muerta, ¿verdad?’ Así me preguntó mi esposa. ‘Jamás volveremos a verla en vida’. Ella comenzó a llorar suavemente y volteé mi cabeza, no pudiendo aguantar verla a ella con su profundo dolor. De repente una cólera tremenda e insensata me agarró. Primero mi hijo, en seguida mi queridísima hija, me habían sido arrebatados y la causa de todo había sido el alcohol. Salí corriendo de la casa; me metí en el carro y comencé el viaje frenético a Dallas. Poco recuerdo de aquel viaje en las pequeñas horas de la mañana, pero bien recuerdo estar parado contemplando la forma silenciosa y el rostro pálido de mi amada hija sobre la losa fría de la morgue. Cosa rara era, pero su rostro no llevaba señas de heridas; solamente un pequeño manar de sangre de sus narices y sus oídos. Me indicó de una fractura mortal del cráneo. Mientras quedé parado, vencido por el dolor en aquel cuarto frío y silencioso, hice un juramento terminar mi vida peleando contra el maldito alcohol que provoca tales cosas. No me quedó ninguna duda. Era porque su compañero había estado tomando que la vida jovencita de mi hija se finalizara en esa forma. Mi corazón se llenó con pensamientos amargos acerca del joven que llevado por deseos de placer y alegría personal, no se había preocupado por la seguridad de mi hija.

“¿Y dónde está el joven Rony Potter?’ pregunté al juez que estaba parado a mi lado.

“Se encuentra en el hospital. Está entre la vida y la muerte’, me contestó. ‘Difícil es que viva. Lleva fracturas del cráneo además heridas internas’.

“Dígame una cosa, Juez’, le supliqué en mi tristeza. ‘¿Estaban tomando cunado esto sucedió?’

El juez se detuvo unos momentos antes de contestarme.

“Sí”, decía él lentamente. ‘El joven Potter estaba tomando pero hasta donde nos ha sido posible determinar, nos parece que su hija no había tomado nada’.

“Tambaleando salí en la noche y metiéndome en la camionetilla comencé el viaje largo a casa. Mis nervios de punta reclamaron un alivio pero yo sabía muy bien que sería imposible esperar tal alivio en el sueño. Por costumbre de largos años, comencé a pensar de una paz temporal que un trago de whiskey podría proporcionarme. Tan pronto que llegué a casa, casi cayéndome, salí del carro y rendido, tambaleando entré en la sala. Una vez adentro abrí la puertecita del aparador donde siempre guardaba mi botella. No estaba. En su lugar, vi un papelito blanco. Agarrándolo leí: ‘Papá a Rony se le olvidó su botella, y por lo tanto prestamos la tuya, pero no tengas pena. Yo no voy a tomar nada’. Firmado por Dorothy”.

- American Holiness Journal